

Del aula al infinito

De la salle de classe à l'infini

Las sociedades avanzadas están pasando por una fase en la que apenas existen modelos claros para todas aquellas actividades que no incidan directamente en una productividad cuantitativa. Esto significa, en cierto modo, la supremacía de una visión que – pese a la simplificación un poco burda – remite a valores de la economía de mercado; e instaure la hegemonía de un criterio de utilidad.

En este orden de cosas, una serie de preguntas, que a veces no se formulan y otras se arrojan groseramente al espacio de la opinión, forman parte de las capas atmosféricas más bajas del estado de ánimo actual: ¿Para qué sirven las artes? ¿Cuál es la utilidad de las actividades especulativas? ¿Cuál es el sentido de una reflexión que no produzca de inmediato bienes o servicios?

En este estado cercano a la zozobra, las respuestas no faltan, pero progresivamente van adquiriendo perfiles más banales. Por ejemplo, las actividades artísticas sirven para “tener éxito” y los sectores implicados en sus manifestaciones cada vez se justifican más como un reclamo al turismo de un lugar determinado, o porque mantienen ciertas industrias o artesanías que nadie se atreve a agredir, al menos en la vieja Europa. Pero si el turismo o ciertas actividades industriales son cuantificables, el éxito es un concepto especialmente traicionero. Para empezar, el verdadero “éxito social” se alcanza en estos tiempos con manifestaciones artísticas de masas: cine industrial, literatura de género o música de masas en cualquiera de sus variantes pop; eventualmente las artes plásticas han conseguido situar a sus protagonistas en un cierto Olimpo debido a sus altos ingresos, pero la inestabilidad de sus cotizaciones es otra muestra más de la incertidumbre social sobre la función del arte. De “la vanguardia es el

Les sociétés avancées sont en train de passer par une phase d'absence de modèles clairs pour toutes les activités qui n'agissent pas directement sur une productivité quantitative. Ceci indique, d'une certaine manière, la suprématie d'une vision qui – malgré une simplification un peu sommaire – renvoie à des valeurs de l'économie de marché ; et instaure l'hégémonie d'un critère d'utilité.

Dans cet ordre de choses, une série de questions, qui parfois ne se formulent même pas et d'autres fois se jettent grossièrement à l'espace de l'opinion, font partie des plus basses couches atmosphériques de l'état d'esprit actuel : à quoi servent les arts ? quelle est l'utilité des activités spéculatives ? quel est le sens d'une réflexion qui ne produit pas immédiatement des biens ou des services ?

Dans cet état proche du naufrage, les réponses ne manquent pas, mais acquièrent progressivement un profil plus banal. Les activités artistiques, par exemple, servent à “avoir du succès”, et les secteurs engagés dans leurs manifestations les justifient comme étant une réclame pour le tourisme d'un lieu déterminé, ou parce qu'elles maintiennent certaines industries ou quelques artisanats que personne n'oserait agresser, au moins dans la vieille Europe. Mais si le tourisme ou certaines activités industrielles sont quantifiables, le succès est un concept spécialement traître. Le vrai “succès social”, par exemple, s'obtient en ces temps qui courent grâce à des manifestations artistiques de masse : cinéma industriel, littérature de genre ou musique de masses dans toutes ses variations pop ; les arts plastiques ont éventuellement réussi à situer leurs protagonistes dans un certain Olympe, étant donné leurs gains importants, mais l'instabilité de leurs cotisations est un échantillon supplémentaire de l'incertitude sociale quant à la

mercado”, de los años ochenta, se ha vuelto a una situación de confusión social y, consecuentemente, a un repliegue de los artistas para los que la “vanguardia” vuelve a ser el aislamiento o las posturas agresivas y críticas con relación a lo social.

Los grandes medios de comunicación, siempre fieles termómetros del estado de ánimo colectivo, cada vez reflejan con menos pudor el desprestigio de las actividades artísticas de alto nivel especulativo. La música, el cine, la escritura –y quizá en menor medida la plástica– deben llegar a mucha gente de muchos lugares para ser significativas, tienen que producir dinero y éxito y, para ello, no nos engañemos, deben ser simples en una u otra medida. Cuando no es así, los medios de comunicación se encargan de recordar que la actividad artística “difícil” está equivocada y que, incluso, en el mundo actual, globalizado y de masas, ya no hay espacio ni siquiera para la rebeldía que sueña con una revisión de la posteridad.

Queda, eso sí, el peso de las tradiciones. La música clásica, por ejemplo, aún puede desarrollar estrategias de mercado y vender su diferencia cualitativa, su pasado, su “charme”, pero a condición de desembarazarse de cualquier proyección hacia el futuro, lo que hace con gusto (esa constante molestia de la “Música contemporánea”), aunque sea convirtiendo su mercancía en un pasado idealizado y cosificado. Con ello, la “gran” música se equipara a los lugares turísticos de calidad o a la alta cocina. Otros sectores pueden encontrarse en un limbo aún mayor, como la poesía o la escritura no sujeta a géneros, o la mayor parte de las actividades artísticas “experimentales”.

Cuestión de oficio

Este panorama produce una crisis generalizada de los modelos de profesión artística. Una profesión, por definición, debe contar con un consenso social determinado para desarrollarse; y difícilmente puede alcanzar cotas elevadas si la sociedad no tiene claro para qué sirve. En las actividades artísticas en las que la salida profesional no es de forma inmediata y general el éxito, la mayor parte

funcion de l'art. Depuis “l'avant-garde est le marché” des années 80, nous sommes revenu à une situation de confusion sociale et, en conséquence, à un repli des artistes pour lesquels “l'avant-garde” indique à nouveau l'isolement ou les positions agressives et critiques face au social.

Les grands moyens de communication, thermomètres toujours fidèles de l'état d'âme collectif, reflètent avec de moins en moins de pudeur la perte de prestige des activités artistiques de haut niveau spéculatif. La musique, le cinéma, l'écriture – et peut-être dans une moindre mesure l'art plastique – doivent atteindre un grand nombre de personnes dans de nombreux lieux pour être significatifs, doivent produire de l'argent et du succès et pour cela, ne nous leurrions pas, doivent être simples à un certain niveau. Quand cela n'est pas le cas, les moyens de communication se chargent de rappeler que l'activité artistique “difficile” se méprend et que dans le monde actuel, globalisé et de masses, il n'y a même plus d'espace pour la rébellion rêvant d'une révision de la postérité.

Mais il reste, bien entendu, le poids des traditions. La musique classique, par exemple, peut encore développer des stratégies de marché et vendre sa différence qualitative, son passé, son “charme”, mais à condition de se débarrasser de toute projection vers le futur, ce qu'elle fait avec délice (cette gêne constante de la “Musique contemporaine”), même en convertissant sa marchandise en un passé idéalisé et réifié. La “grande musique” se compare ainsi aux lieux touristiques de qualité ou à la haute cuisine. D'autres secteurs peuvent se trouver dans des limbes plus élevés, comme la poésie ou l'écriture non assujettie à des genres, ou la plupart des activités artistiques “expérimentales”.

Question de métier

Ce panorama produit une crise généralisée des modèles de profession artistique. Une profession, par définition, doit compter sur un consensus social déterminé pour se développer ; et elle pourra difficilement atteindre une cote élevée si la société ne sait pas clairement à quoi sert cette profession. Dans les activités artistiques qui ne

de los profesionales deben encontrar por sí mismos el sentido de su trabajo.

Pero este modelo (llamémosle el del “profesional en busca de sentido”) es altamente inestable y se puede afirmar que es, más bien, un antimodelo. No es que la mayor parte de los profesionales adscritos a esta ausencia de modelo lleven una vida artística y laboral catastrófica; de hecho, muchos desarrollan un gran sentido crítico y un carácter fuerte; pero es indudable que la incertidumbre profesional se proyecta hacia atrás, es decir, hacia las escuelas y los centros de formación como un elemento desestabilizador. Si el profesional debe encontrar el sentido de su actividad por sí mismo, éste no es un mal camino vital, por más que resulte duro. Pero para el estudiante que debe desarrollar un gran esfuerzo formativo, y lo debe hacer sin conflictos de futuro para aprovechar todas sus energías, la incertidumbre del mañana, la indefinición sobre su entronque en la sociedad es, cuando menos, un factor de riesgo.

Como la vida del estudiante suele desarrollarse en un entorno de protección, el problema generalmente se pospone. Pero cobra toda su virulencia en ese tránsito que va desde los últimos años de la vida del estudiante a los primeros pasos en la profesión. Esa franja, más o menos ancha, en la que el estudiante puede ser ya un incipiente profesional y el profesional aún mantiene todos los reflejos del estudiante; ese complejo momento en el que han desaparecido las protecciones que un centro de formación produce, es un momento de vértigo, y no sólo porque lo es para cualquier joven de cualquier actividad, lo es en mucha mayor medida en las actividades artísticas porque ahí se concentran todas las contradicciones de un tránsito cultural que no sabe qué hacer con ese potencial.

Y si no constituye un paso trágico, es debido a que afecta, generalmente, a jóvenes en el mejor momento de su trayectoria vital, personas mayoritariamente en la veintena, con una carrera detrás y una vida por delante a los que no suele asustarles nada. Pero no por no ser dramático es menos delicado el paso, como lo puede ser el haber alcanzado una educación de muy alto nivel y descubrir

débouchent pas sur le succès immédiat et général, la plupart des professionnels doivent trouver eux-mêmes le sens de leur travail.

Mais ce modèle (soit celui du “professionnel à la recherche de sens”) est hautement instable et on peut affirmer qu'il s'agit plutôt d'un anti-modèle. Cela ne veut pas dire que la plupart des professionnels inscrits à cette absence de modèle mènent une vie catastrophique du point de vue de leur art ou de leur travail ; de fait, nombreux sont ceux qui développent un grand sens critique et un fort caractère ; mais il est hors de doute que l'incertitude professionnelle se projette en arrière, c'est-à-dire, vers les écoles et les centres de formation comme un élément de déstabilisation. Si le professionnel doit trouver le sens de son activité de par lui-même, ce chemin n'est pas mauvais, malgré sa dureté. Mais pour l'étudiant devant produire un grand effort formatif, et il doit le faire sans conflits en vue de son futur pour pouvoir profiter de toute son énergie, l'incertitude du lendemain, l'absence de définition dans son rapport avec la société est, tout au moins, un facteur de risque.

Comme la vie de l'étudiant se passe généralement dans un environnement de protection, le problème est habituellement reporté. Mais il acquiert toute sa virulence dans ce transit entre les dernières années de vie étudiante et les premiers pas dans la profession. Cette frange plus ou moins large où l'étudiant peut déjà être un professionnel débutant et le professionnel conserver encore tous les réflexes de l'étudiant, ce moment complexe où disparaissent les protections produites par un centre de formation, est un moment de vertige, et non seulement parce qu'il s'agit de n'importe quel jeune de n'importe quelle activité, mais il se produit encore et surtout dans les activités artistiques, car c'est là que se concentrent toutes les contradictions d'un transit culturel qui ne sait que faire de ce potentiel. Et s'il ne constitue pas un passage tragique, c'est parce qu'il se produit généralement quand les jeunes vivent le meilleur moment de leur trajectoire vitale, ayant pour la plupart entre vingt et trente ans, avec une carrière derrière eux et une vie devant, et ne

que la sociedad no sabe qué hacer con ella.

Es un tiempo de paradojas y contrastes. El que quiso triunfar deberá, quizá, acostumbrarse a que deberá ser profesor para reproducir un modelo que a él se le ha escamoteado; el que soñaba con la plenitud de un trabajo artístico de gran profundidad descubrirá que se le reprocha el exceso de sus conocimientos y que la industria del éxito se conforma con actividades simples, fetichistas y trituradoras; el que desde el principio quiso ser enseñante (los menos) asumirá que debe adaptarse a un modelo que se remite a una lógica y a una disciplina de moralidad privadas y que pocas veces coincide con lo que la sociedad valora. En fin, que como tantas veces se repite y muy pocas se evalúa en detalle, la educación condensa todas las contradicciones de la sociedad, pero que sólo estallan al final del ciclo, cuando desaparece la protección que proporcionan los centros.

Una energía en expansión

Todo este panorama crítico no siempre es negativo, de la misma manera que la sociedad no es siempre una máquina que funciona en una sola dirección. En muchas ocasiones, la propia incertidumbre de este tránsito (del aula a la profesión) crea mecanismos específicos. Es el caso altamente positivo de las jóvenes orquestas, de los cursos de postgrado, de numerosas instituciones que aprovechan la formidable energía que subyace en el incipiente profesional; también es el momento de los cambios de rumbo en los que se descubren capacidades insospechadas de la personalidad; es, en fin, todo un laboratorio, con sus descubrimientos fulgurantes y sus fracasos. Y en la Europa que no se conforma, existen iniciativas muy esperanzadoras. No son pocos los centros de formación que hacen de sus últimos años todo un taller de la vida profesional futura, la real y la potencial; también comienza a tomar cuerpo la tendencia contraria, instituciones netamente profesionales que asumen competencias de formación. En Europa hay fuerzas latentes que buscan soluciones a un modelo contaminado de utilitarismo; muchas de ellas luchan contra un liberalismo económico de encefalograma plano ¿Para qué probar

s'effrayent de rien. Mais cette absence de drame ne rend pas pour autant le passage moins délicat, comme cela peut l'être le fait d'avoir reçu une éducation de très haut niveau et de découvrir que la société ne sait qu'en faire. C'est un temps de paradoxes et de contrastes. Celui qui décida de triompher devra, peut-être, s'habituer à devenir professeur pour reproduire un modèle qui lui a été escamoté ; celui qui rêvait à la plénitude d'un travail artistique de grande profondeur découvrira qu'on lui reproche l'excès de ses connaissances et que l'industrie du succès s'accommode d'activités simples, fétichistes et triturantes ; celui qui depuis le début voulait enseigner (le plus petit nombre d'entre eux) assumera le devoir de s'adapter à un modèle renvoyant à une logique et à une discipline de moralité privées, et qui coïncide peu de fois avec ce que la société considère comme ayant de la valeur. Finalement, comme on le répète tant et sans pour cela l'évaluer en profondeur, l'éducation condense toutes les contradictions de la société qui, cependant, n'éclatent qu'à la fin du cycle, lorsque la protection proportionnée par les centres disparaît.

Une énergie en expansion

Tout ce panorama critique n'est pas toujours négatif, de la même façon que la société n'est pas toujours une machine qui fonctionne dans une seule direction. En plusieurs occasions, la propre incertitude de ce transit (de la salle de cours à la profession) crée des mécanismes spécifiques. C'est le cas hautement positif des jeunes orchestres, des cours suivant le diplôme, des nombreuses institutions qui profitent de l'énergie formidable que recèle le professionnel débutant ; c'est aussi le moment des changements de cap où l'on découvre des capacités insoupçonnées de la personnalité ; c'est enfin tout un laboratoire, avec ses découvertes fulgurantes et ses défaites. Et dans l'Europe qui ne se conforme pas, il existe des initiatives chargées d'espérance. Les centres de formation sont nombreux qui font de ces années finales tout un atelier de la vie professionnelle future, la réelle et la potentielle ; la tendance inverse commence aussi à prendre corps, les institutions nettement professionnelles assumant des compétences de formation. En Europe, il y a deux forces

lo que no compite en la economía real? Pero también para ello hay respuestas: la educación y la cultura pueden dar la talla si se las considera como industrias, hay ciudades pequeñas y medianas que están rehabilitando su tejido social con propuestas culturales; hay grandes, incluso, que no podrían mantener su prestigio (lo que también se traduce como industria) sin ambiciosas propuestas culturales. París es un buen ejemplo, con sus magníficas inversiones culturales de los últimos veinte años, inversiones que los liberales bisoños desdeñan sin pararse a pensar en que hoy la industria "París" es una máquina de producción altamente mejorada; Berlín comienza a buscar su posición con un aparato cultural de última hornada; Roma renueva su equipamiento; Bilbao ha realizado la mejor operación de la España reciente con su majestuoso Museo Guggenheim; el ZKM de Karlsruhe es un modelo para ciudades de tamaño medio; el City Hall de Aarhus (Dinamarca) desafía la supremacía cultural de la capital, Copenhague; en España, la creación de auditorios y la reconstrucción de emblemáticos teatros de ópera ha relanzado el interés por la música clásica como lo hicieron los museos en la década de los ochenta.

Aunque todo esto permanece en el ámbito de las grandes construcciones, queda claro que son respuestas a esa inquietante búsqueda de sentido: ¿para qué sirven las artes?, o sobre todo, ¿para qué sirve la tradición de las artes de calidad? Una respuesta de urgencia podría ser: para proporcionar trabajo a innumerables profesionales de alto nivel. Secundariamente, podrían servir para que la formación artística (que también podría considerarse otra industria) goce de buena salud y ensanche sus objetivos. Esto es algo que puede entender fácilmente hasta el neoliberal más recalcitrante. Las respuestas más importantes ya las encontrará, sin duda, la sociedad si se le da la oportunidad.

Jorge Fernández Guerra es compositor.

latentes qui cherchent des solutions à un modèle contaminé d'utilitarisme ; beaucoup luttent contre un libéralisme économique d'encéphalogramme plat. Pourquoi faire un essai de ce qui n'est pas compétitif dans l'économie réelle ? Mais à cela il existe aussi des réponses : l'éducation et la culture peuvent tenir le coup si on les considère comme des industries ; des villes petites ou moyennes réhabilitent leur tissu social avec des propositions culturelles ; et même des grandes, qui ne pouvaient même pas maintenir leur prestige (ce qui se traduit aussi comme industrie) sans propositions culturelles ambitieuses. Paris en est un bon exemple, avec ses magnifiques inversiones culturelles des vingt dernières années, inversiones que les libéraux novices méprisent sans penser un instant que l'industrie "Paris" est aujourd'hui une machine de production hautement améliorée ; Berlin commence à se situer avec un appareil culturel de dernière fournée ; Rome renouvelle son équipement ; Bilbao a réalisé la meilleure opération de l'Espagne récente avec son majestueux Musée Guggenheim ; le ZKM de Karlsruhe est un modèle pour les villes d'extension moyenne ; le City Hall de Aarhus au Danemark défie la suprématie culturelle de la capitale, Copenhague ; en Espagne, la création de salles de concert et la reconstruction de théâtres d'opéra emblématiques ont renouvelé l'intérêt pour la musique classique comme le firent les musées dans les années 80.

Bien que tout ceci se maintienne dans le cadre des grandes constructions, ce ne sont pas moins des réponses à cette inquiétante recherche de sens : à quoi servent les arts ? ou surtout, à quoi sert la tradition des arts de qualité ? Une réponse urgente pourrait être la suivante : pour donner du travail à d'innombrables professionnels de haut niveau. Sur un plan secondaire, cela pourrait contribuer à ce que la formation artistique (pouvant aussi être considérée comme une autre industrie) jouisse d'une bonne santé et agrandisse ses objectifs. Cela peut même être compris par le néolibéral le plus recalcitrant. Les réponses les plus importantes pourront sans aucun doute être trouvées par la société, si on lui en donne l'opportunité.

Jorge Fernández Guerra est compositeur.